

---

**Segunda parte:  
La juventud ante el desafío  
de la inclusión  
y la amenaza de la exclusión**

---



## Inclusión y exclusión social en la juventud latinoamericana

### Resumen:

La inclusión social tiene acepciones múltiples, pero sin duda pasa por las dinámicas que vinculan el desarrollo de capacidades con el acceso a oportunidades a lo largo del ciclo vital, y con ello, el acceso al bienestar, a redes de relaciones y al ejercicio de la ciudadanía. En este marco, el artículo presenta aspectos problemáticos de la inclusión social de la juventud latinoamericana, y lo hace en dos perspectivas distintas. En la primera, se muestran disonancias que la juventud vive en sus procesos de inclusión: más educación pero menos empleo, más acceso a información pero menos acceso a poder, más consumo simbólico que no necesariamente se traduce en más consumo material. En la segunda, se muestran brechas en el desarrollo de capacidades y el acceso a oportunidades entre los propios jóvenes, según el hogar de origen (por ingresos familiares), la territorialidad (urbano-rural) y otras condiciones que diferencian y segmentan, lo que indica que las brechas de inclusión social se están reproduciendo en las nuevas generaciones. Finalmente se destacan algunas tendencias positivas, como la expansión de la educación y de la conectividad, y su progresiva difusión entre los jóvenes.

### *Palabras clave:*

inclusión social, jóvenes excluidos, brechas generacionales,  
oportunidades de la juventud

### Abstract:

Social inclusion is a multidimensional concept. To a great extent, it is related with the life cycle dynamics that links progress in capacities with access to opportunities, and consequently access to welfare, social networks and full citizenship. Within this framework, this article presents problematic aspects of social inclusion among Latin American youth, with two different perspectives. The first one emphasizes contradictions or asynchronies that Latin American youngsters face regarding social inclusion: more education but less employment, more access to

information but less access to power, more symbolic consumption that not necessarily allows higher material consumption. The second perspective stresses social gaps among young population in relation to capacity development and access to opportunities: gaps according to household conditions (mainly family incomes), territory (urban vs. rural) and other conditions that reinforce segmentation within the generation, indicating that gaps are reproducing along time. Finally some positive trends are highlighted, such as expansion and progression in education and in connectivity.

*Key words:*

social inclusion, excluded youth, generational gaps, youth opportunities

Martín Hopenhayn

CEPAL, Chile

## Inclusión y exclusión social en la juventud latinoamericana

Los años de la juventud son decisivos para perpetuar o revertir la dialéctica inclusión-exclusión social, pues en esa fase se acumulan activos en capacidades y redes de relaciones, empieza a utilizarse ese capital para insertarse en el mundo del trabajo, se accede a decisiones más autónomas y se ejerce como ciudadano pleno en la sociedad. En cierto modo, la suerte de la inclusión en la trayectoria vital depende de este eslabón crucial de la biografía que es el periodo juvenil, sea definido entre quince a veinticuatro años (nomenclatura de Naciones Unidas) o entre quince a veintinueve años (criterio de la Unión Europea), o con rangos muy variables en las propias nomenclaturas y legislaciones nacionales. De manera que cuanto mejor transiten los y las jóvenes hacia vidas productivas y participativas, más incluyente se va haciendo la sociedad en su dinámica general de desarrollo.

Estar “socialmente incluido” tiene varios sentidos, y además los sentidos cambian hoy de manera vertiginosa<sup>1</sup>. En primer lugar, implica acceder a mínimos de bienestar y de protección conforme el nivel de desarrollo de la sociedad (CEPAL, 2006). En sentido más extenso, la inclusión alude a la titularidad efectiva de ciudadanía política, civil y social, lo que implica la participación en deliberaciones, el acceso a activos, la afirmación de identidad y la posibilidad de contar con redes de relaciones que ayudan a desarrollar el proyecto de vida. Por último, desde la perspectiva del desarrollo humano, la inclusión social puede entenderse como el desarrollo de capacidades para el ejercicio de libertades (Sen, 1999), lo que resulta de especial relevancia en la vida de los jóvenes.

La inclusión social de los jóvenes es, también, clave para imprimirle mayor legitimidad a las democracias en América Latina. Las distin-

tas formas de exclusión socioeconómica y política corroen la gobernabilidad, plantean conflictos difíciles de resolver por vía del consenso, infunden un sentimiento de desafección política o de elusión del sistema político en la dinámica del procesamiento de demandas (PNUD, 2004). En esto la juventud es a la vez víctima y protagonista.

En este marco quisiera considerar distintos aspectos de la inclusión-exclusión social de la juventud latinoamericana, y colocarlos bajo el denominador común de la brecha de expectativas (CEPAL, 2007). Entiendo que esta brecha se produce cuando crece la asimetría entre capacidades y oportunidades, vale decir, cuando las oportunidades existentes quedan rezagadas respecto de las capacidades adquiridas; o bien con la asimetría entre aspiraciones presentes y logros esperados. Estas brechas de expectativas constituyen una señal de alerta de los problemas de inclusión social en la dinámica generacional. Esta dimensión dinámica de la inclusión-exclusión alude a aquello en que la juventud puede encarnar los eslabones más sensibles: la proyección del presente dependiente al futuro autónomo, de la condición económica pasiva a la activa, del orden pautado exógenamente al orden a recrear endógenamente, y del desarrollo de potencialidades al reconocimiento social de las mismas<sup>2</sup>.

El enfoque de brecha de expectativas también permite vincular la inclusión-exclusión social con la perspectiva intergeneracional, vale

decir, jóvenes y adultos pueden “espejarse” según sus diferencias en capacidades y oportunidades. No es raro que los jóvenes vean en los adultos un obstáculo a su propia realización, en la medida que la juventud hoy está más instruida pero a la vez tiene más bloqueado el acceso al empleo. El mundo de los adultos es percibido no sólo como refractario a las nuevas formas de comunicación y expresión, sino muchas veces como “defensivo” ante jóvenes con más destrezas en los nuevos modelos de organización y usos de la información. Y tampoco es raro que los adultos perciban a los jóvenes como amenaza, no sólo ni principalmente por las llamadas “conductas de riesgo” de los jóvenes (drogas, violencia, accidentes), sino porque la juventud está más capacitada para el relevo productivo y comunicativo en la emergente sociedad de la información, y tienen el tipo de habilidades y plasticidades que se valorizan cada vez más en los distintos mercados, desde el laboral hasta el recreacional.

Pero junto a la brecha entre generaciones, está la brecha dentro de la propia generación, como veremos más adelante. América Latina es la región más desigual del mundo, y la desigualdad de ingresos refleja, en gran medida, la asimetría en acceso a activos como educación y empleo. Si la generación joven reproduce hacia dentro estas brechas distributivas, la sociedad toda reproduce *intergeneracionalmente* los patrones de exclusión. Así, la brecha en activos es el complemento intra-generacional de la

brecha en expectativas que sí tiene un componente intergeneracional. El “hacia adentro” y el “hacia fuera” serían las dos caras de la moneda, la foto y la película. Brechas de capacidades y oportunidades no sólo confrontan a jóvenes y adultos, sino también siembran abismos de distancia entre los propios jóvenes.

## I. Brecha de expectativas: la perspectiva intergeneracional

Como se ha señalado en textos anteriores (CEPAL-OIJ, 2004; Hopenhayn, 2005), la juventud latinoamericana vive una serie de paradojas o asincronías que parecieran alimentar la brecha entre expectativas y logros. De un lado tienen mayores logros educativos que los adultos, medido sobre todo en años de educación formal, pero por otro lado menos acceso al empleo. Manejan con mayor ductilidad los nuevos medios de información, pero acceden en menor grado a los espacios consagrados de deliberación política, y están menos afiliados a los partidos<sup>3</sup>. Expanden exponencialmente el consumo simbólico pero no así el consumo material (ver también CEPAL, 2005). Las siguientes páginas versan sobre algunas de estas tensiones que afectan a los patrones de inclusión y exclusión social.

### 1. Más educación, menos empleo

Un primer factor de frustración de expectativas

es que la juventud goza de *más educación y menos acceso a empleo que la población adulta*. Ostenta más años de escolaridad formal que las generaciones precedentes, pero al mismo tiempo duplica o triplica el índice de desempleo respecto de aquéllos. En otras palabras, están más incorporados en los procesos consagrados de adquisición de conocimientos y formación de capital humano, pero más excluidos de los espacios en que dicho capital humano se ejerce, a saber, el mundo laboral y la fuente de ingresos para el bienestar propio.

Un indicador significativo para ilustrar la ventaja educativa de los jóvenes es la evolución en la conclusión de enseñanza en nivel secundario, pues existe consenso extendido que éste es el umbral de logros decisivo para salir de la pobreza, o no caer en ella, por efecto de las tasas de retorno al capital humano a lo largo de las posteriores trayectorias laborales. Al respecto, y con información de encuesta de hogares para once países latinoamericanos, tenemos que entre 1990 y 2002, el porcentaje de jóvenes de veinticinco a veintinueve años que tenía secundaria completa aumentó del 27,7% al 32,6%<sup>4</sup>. En contraste, estos índices para la población de treinta a cincuenta y nueve años (adultos ya, pero todos todavía en edad “productiva”) crecieron, en ese lapso de tiempo, del 18,2% al 24,5% respectivamente (CEPAL, 2005). La cifra sugiere que el aumento de conclusión secundaria entre adultos se debe a los jóvenes que se hicieron adultos en esa fecha; y

aun así los “nuevos jóvenes” tienen un egreso de secundaria significativamente mayor. Más aún, ya había en 2002 ventajas entre jóvenes de veinte a veinticuatro años en conclusión de secundaria respecto de jóvenes de veinticinco a veintinueve años (34,6% vs. 32,6%), en circunstancias en que en 2000 los jóvenes de veinticinco a veintinueve años tenían mayor tasa de conclusión secundaria que los de veinte a veinticuatro (27,7% vs. 25,8%).

La conclusión de educación primaria, en cambio, marca el umbral que segrega ya no entre probabilidad de salir o de quedar en la pobreza a lo largo de la vida, sino más aún, de salir o de caer en la plena exclusión o indigencia. En efecto, de acuerdo a los actuales requerimientos laborales y los códigos necesarios para desenvolverse en sociedades modernas, la no conclusión de primaria constituye una desventaja irreversible en productividad, participación, capital social y capital cultural. En este indicador, al tomar jóvenes entre veinte y veinticuatro años (vale decir, una edad en que ya nadie está en primaria, pero son todos aún jóvenes), tenemos que para el mismo promedio de once países latinoamericanos el porcentaje aumentó del 64,8% en 1990 al 67,9% en 2002, mientras entre adultos de treinta a cincuenta y nueve años este umbral se elevó del 44,9% al 52,7% respectivamente (CEPAL, 2005).

De manera que es claro que existe hoy mayor acumulación de capital educativo entre

jóvenes que entre adultos. Al mismo tiempo, la educación es un espacio en el que se internalizan expectativas de futuro. Más aún, uno de los principales, sino el principal estímulo para permanecer y progresar en el ciclo educativo es la idea de que “a más educación presente, mayores oportunidades futuras”. De manera que la juventud, junto con tener más años de escolaridad, alimenta expectativas que, a esos años de esfuerzos personales en acumular capital humano y capital cultural, sigan otros de mejor inserción laboral y movilidad social.

Cuando vemos, en cambio, los datos que comparan condiciones y oportunidades de empleo entre adultos y jóvenes trabajadores, salta a la vista que la situación es más dura para las nuevas que para las viejas generaciones. A principios de esta década el desempleo adulto promedio en la región alcanzaba al 6,7%, mientras el juvenil subía a 15,7% (CEPAL-OI, 2004).

Más educados y más desempleados simultáneamente, los jóvenes viven esta paradoja con un cierto sabor a injusticia. El mismo proceso educativo les ha transmitido la idea de que los mayores logros se traducen en mejores opciones de empleo a futuro. Conforme a datos de las encuestas de hogares procesadas por la CEPAL para diecisiete países latinoamericanos, el desempleo juvenil era 2,68 veces mayor que el desempleo adulto en 1990, 2,30 veces mayor en 2000 y 2,73 veces superior en 2005 (con tasas promedio de desempleo de



12,8%, 16,1% y 12,5% entre jóvenes para esos años). Por otra parte, y conforme a la misma fuente, la proporción de jóvenes en el mercado de trabajo que están ocupados en empleos de baja productividad (bajos ingresos, carentes de seguridad social y de contratos estables), se ha mantenido alta, con un descenso moderado reciente debido a cinco años sostenidos de crecimiento económico: 47,7% en 1990, 49,8% en 2000, y 44,3% en 2005.

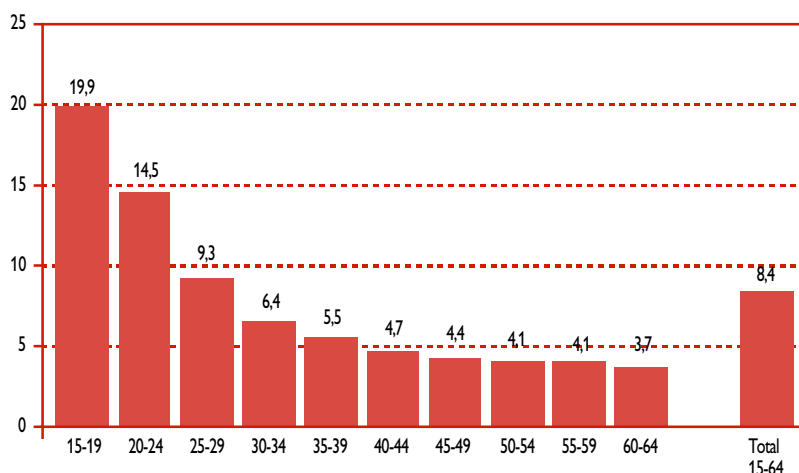
Hacia el año 2005 los jóvenes ocupados entre veinticinco y veintinueve años tenían un ingreso promedio del 87,3% el ingreso promedio de hombres de todas las edades, índice que se elevaba al 98,8% en las mujeres; pero aun así, el ingreso promedio de las mujeres a esa edad era el 20% inferior al de los hombres, lo

que se correlaciona con menores ingresos femeninos en todas las edades. Además, la juventud trabajadora es más precaria que los adultos cuando se compara la afiliación a la seguridad social en el trabajo. Para un conjunto de diecisiete países latinoamericanos, hacia el año 2005 sólo el 60,1% de los jóvenes en el sector formal estaban afiliados, en contraste con el 75,7% de los adultos; y estos porcentajes bajan al 13,3% y al 26,6%, respectivamente, en el sector informal.

Finalmente, hay que suponer que la mayor brecha de expectativas debe recaer sobre las mujeres, porque actualmente tienen, en la población juvenil, mayor tasa de conclusión de secundaria (51,8% vs. 46,3% hacia 2005, a favor de las jóvenes mujeres, como

Gráfico 1

América Latina (18 países): Tasa de desempleo en distintos grupos etarios, alrededor de 2005



Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países.

Cuadro 1

América Latina (14 países, promedios simples):

Ingreso relativo de las mujeres jóvenes respecto al ingreso promedio de los hombres jóvenes correspondientes, por grupo de edad, según nivel educativo

Años de estudio	15-19			20-24			25-29		
	1990	2000	2005	1990	2000	2005	1990	2000	2005
Total	88,2	88,0	82,5	78,5	81,1	83,6	75,0	77,8	80,1
0-3	87,2	76,8	89,1	74,2	60,8	63,5	61,4	55,6	57,9
4-6	76,3	82,9	73,6	61,6	66,5	68,4	59,4	56,9	56,0
7-9	82,5	84,4	72,6	66,3	70,0	65,8	61,6	58,7	62,3
10-12	99,8	85,7	84,0	78,0	78,2	77,1	70,5	71,6	70,1
13 y más	89,7	101,7	100,3	80,8	86,5	89,6	77,1	78,3	81,4

Fuente: Elaboración CEPAL, con base en un procesamiento de las encuestas de hogares de los países (no incluye Argentina, Guatemala y Nicaragua).

promedio para diecisiete países latinoamericanos). Y aun con más educación, sufren mayor tasa de desempleo que sus coetáneos masculinos (15,8% vs. 10,2% en 2005) y, a igual nivel educativo y de ocupación, perciben ingresos al menos del 20% inferior que sus pares hombres en el empleo. A esto cabe agregar que terminan desempeñando más tareas en el hogar (de origen o nuevo) que los hombres, lo que exacerba el sentimiento de desproporción entre conocimientos acumulados y oportunidades redituadas.

Todo lo anterior debe ser aún más desconcertante para buena parte de la juventud latinoamericana, si además salta a la vista que la sociedad de la información pide fuerza laboral más educada, más dispuesta a operar en organizaciones flexibles y más versátil en las nuevas tecnologías de información y comunicación. Campos en que la juventud tiene claras ventajas sobre los adultos.

## 2. Más información, menos poder

Una segunda razón para pensar que la brecha de expectativas tiende a recalentarse entre los y las jóvenes es que, en comparación con los adultos, están mucho más compenetrados con tecnologías que multiplican el acceso a fuentes de conocimiento e información; pero al mismo tiempo no parecen ampliarse los espacios instituidos de toma de decisiones, procesamiento de demandas y ejercicio del poder.

Por un lado la juventud tiene proporcionalmente mayor participación en redes informáticas que otros grupos etarios, y también más acceso a información por su alto nivel de escolarización y de consumo de los medios de comunicación. Datos de la Encuesta Latinobarómetro resultan elocuentes: del año 2002 al 2007 el uso frecuente de internet entre jóvenes de dieciocho a veinte años aumentó del 5,50% al 14,80%, mientras en adultos de treinta años y más se elevó del 2,0% al 6,60%. Si nos restringimos al

uso “ocasional”, en los jóvenes aumentó del 19,0% al 31,80% en ese lapso, y en los mayores de treinta, del 6,50% al 12,70%.

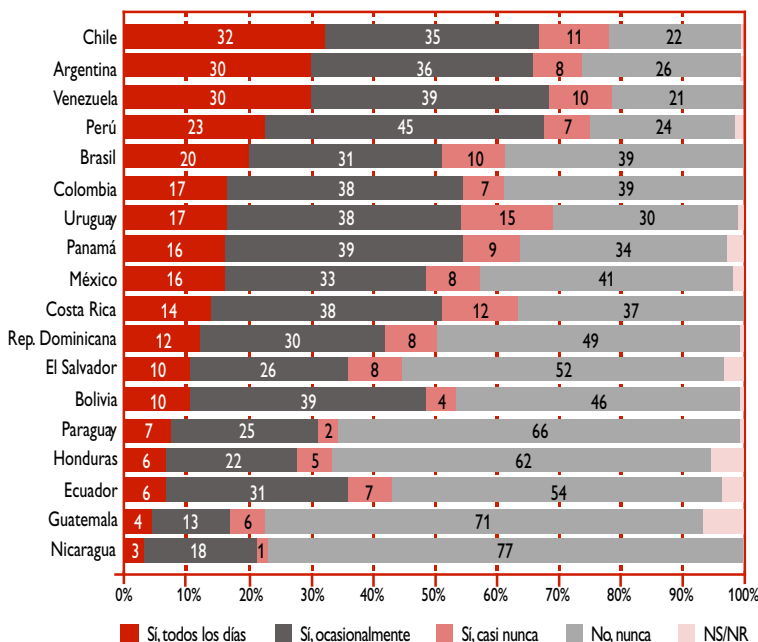
Por supuesto, como se observa en el gráfico siguiente hay diferencias muy fuertes entre países, como también lo hay entre jóvenes de distinto nivel educativo y según nivel de ingresos de los hogares. Pero lo que se constata es, en términos agregados, que la brecha intergeneracional es muy significativa; y el ritmo de expansión de conectividad, sobre todo entre jóvenes, es muy acelerado en América Latina para los últimos años. Si a esto le agregamos

las brechas intergeneracionales por logros educativos ya reseñados, y la mayor versatilidad de jóvenes que de adultos entre quienes ya están haciendo uso de internet y otros medios de información y comunicación a distancia, la conclusión es elocuente: la juventud dispone, al menos en principio, de capacidades muy superiores para obtener, procesar y usar información que los adultos<sup>5</sup>.

Tal como a más educación mayores oportunidades laborales, también aprendemos que a mayor información, mayor poder. Nuevamente la juventud vive aquí dissociada entre dicho y

Gráfico 2

Jóvenes de 18-29 años: uso de internet, 2007



Fuente: Procesamiento datos de Latinobarómetro 2007.

hecho. Su participación en los espacios más institucionalizados de deliberación y poder es muy baja e inferior al de los adultos. Manifiestan, en general, la idea de que tanto el sistema político como los espacios para procesar demandas no logran influir en la vida de los jóvenes. Según los datos de la Encuesta Latinobarómetro, la participación juvenil (de 18-29 años) en actividades políticas era en torno al 5% en 1996 y se redujo a menos de la mitad de esa cifra en 2005 (ver CEPAL, 2007). Y consultados sobre la adhesión incondicional a la democracia, el mismo grupo etario en 2005 mostró un 58,2% de clara adhesión a este orden político, lo que refleja también que un gran porcentaje de jóvenes no se siente parte activa de un orden político representativo<sup>6</sup>. Así, si de una parte los jóvenes manejan e intercambian más información que otros grupos etarios, por otra parte se sienten poco representados por el sistema político, y estigmatizados como disruptores por los adultos y las figuras de autoridad. Y en muchos países de la región, la juventud tiene un registro actual de bajo porcentaje de asistencia a las urnas para elegir a sus gobernantes.

Por cierto, puede suponerse que la juventud guarda distancia con la política “convencional”, pero es muy activa en las nuevas formas de participar en espacios de presión y de deliberación, sobre todo por vía de las redes virtuales, y de participación en movimientos sociales, ecológicos, estético-culturales, de género y de defensa de derechos de las minorías —movi-

mientos cuya lógica participativa no es la de mediaciones partidarias, sino de acción y movilización directas— (Hopenhayn, 2000). Pero llama la atención las dificultades de las élites políticas latinoamericanas para encontrar una generación de recambio, sobre todo en las últimas dos décadas en que el régimen democrático-representativo se ha consolidado en todos los países de la región. ¿La juventud está en otra, o simplemente no encuentra el espacio para volcar su mayor manejo de información en el sistema político tradicional?

### **3. Elasticidad del consumo simbólico, rigidez del consumo material**

La brecha de expectativas se alimenta de la desproporción entre acceso a bienes simbólicos y a bienes materiales. En América Latina las luces de alerta debieran estar todas encendidas. Mientras en las últimas dos décadas y media el acceso de la población a más información, más imágenes, más comunicación y conocimientos ha aumentado geométricamente, sobre todo por la expansión del acceso a los medios de comunicación, hoy día los índices de pobreza en la región, a nivel agregado, son similares que en 1980, y hay más precarización laboral e incertidumbre sobre la protección social.

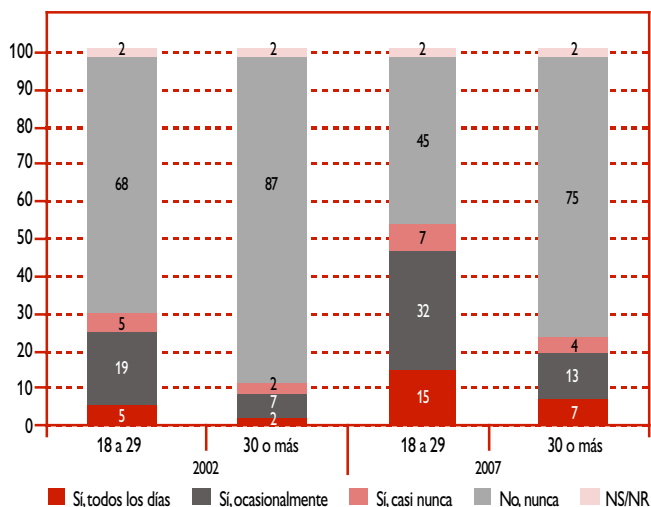
La juventud vive esta asimetría de acceso a bienes simbólicos y materiales con mayor fuerza (CEPAL, 2005). De una parte el aumento exponencial en acceso a símbolos, mensajes, imágenes, información y conocimiento ha

sido exponencial para los jóvenes en las últimas décadas, tanto por la expansión de la cobertura escolar como sobre todo por el aumento de consumo audiovisual y de conexión a redes virtuales. Esto hace que el acceso a bienes simbólicos se multiplique año a año. Pero esta tendencia no tiene una contraparte proporcional en el acceso a bienes materiales, dado que la fuente principal de ingreso es el empleo, y el desempleo juvenil aumentó durante la década de los años noventa, manteniéndose los ingresos de jóvenes ocupados muy por debajo de los promedios de ingresos de los adultos.

Ya se vio más arriba que la población juvenil ostenta mayores logros educacionales que la población adulta, y estos logros se van expandiendo en el tiempo. Por otra parte, las destrezas juveniles para el consumo simbólico son evidentes en la mayor ductilidad y plasticidad para ver y leer los medios de comunicación y las redes a distancia. Vale decir, tienen la capacidad para absorber mayores unidades informativas en menor tiempo que los adultos. El indicador más elocuente es la mayor tasa de conectividad juvenil en comparación con la conectividad a internet de los adultos. Por cierto, la expansión general de usuarios

Gráfico 3

América Latina: uso de internet según edad, 2002 y 2007 (%)



Fuente: CEPAL. Tabulaciones especiales Latinobarómetro 2002 y 2007.

Nota: Los datos corresponden a respuestas frente a preguntas relativamente diferentes: ¿Alguna vez en su vida ha navegado en la web? (2002), y ¿Alguna vez en su vida ha usado correo electrónico o se ha conectado a internet? (2007).

tiene un ritmo exponencial en América Latina: de alrededor del 5,11% en 2000 al 19,4% en 2007, con mucha variación por país ([www.itu.int](http://www.itu.int)). Si vamos a las diferencias por edad, de acuerdo a datos de la Encuesta Latinobarómetro para dieciocho países de América Latina (promedio simple), hacia el año 2007 el 47% de jóvenes entre dieciocho y veintinueve años eran usuarios ocasionales o diarios de internet, índice que baja al 20% en la población de treinta años y más (ver gráfico 3).

¿Qué ocurre, en cambio, con el consumo material?

En niveles de pobreza, hacia 2005 la población joven entre quince y veinticuatro años en América Latina (promedio simple, dieciocho países) alcanzaba un índice de pobreza del 38,9% y de indigencia del 13,5%, siguiendo de cerca los promedios para el conjunto de la población de todas las edades<sup>7</sup>. Esto implica un descenso relativo desde los puntos más altos en los últimos quince años (ver cuadro 2), pero aun así, un retorno a niveles similares a los de 1980, cuando el consumo de información y de imágenes era infinitamente menor. Por otra parte, si el medio principal de acceso al consumo material son los ingresos obtenidos en el empleo, hay también una desventaja relativa de los jóvenes en relación a los adultos, tanto en mayor nivel de desempleo como en ingresos laborales inferiores, tal como se señaló antes.

Cuadro 2

América Latina: evolución de la pobreza y la indigencia entre jóvenes de 15-24 años

	1990	2002	2005
Pobres	44	42	39
Indigentes	18	15	14

Los datos recién expuestos sugieren una brecha creciente entre consumo simbólico y consumo material. Podría argumentarse que de todas maneras hoy los jóvenes consumen más bienes y servicios que hace una década. Es cierto, y ese es el vaso medio lleno. Pero en el vaso medio vacío, este ritmo de expansión está muy por debajo del consumo simbólico. A su vez, un mayor consumo simbólico genera más expectativas de consumo material, lo que da como efecto una ola de expectativas frustradas que hacen de los jóvenes candidatos a la desazón o la disrupción. Más aún si se toma en cuenta que durante los años noventa se mantuvo la tendencia a la concentración de los ingresos, que hace que la diferencia en consumo material entre jóvenes de hogares ricos en relación con el resto también tienda a aumentar.

Todo esto sugiere que los jóvenes quedan expuestos a un amplio abanico de propuestas de consumo simbólico, pero gran parte de aquéllos ven pasar las oportunidades de generación de ingresos para la movilidad social y el mayor consumo material por el lado de la vida que no les toca. Acicalados en las aspiraciones

por un permanente acceso a información e imágenes que no sólo pintan paraísos del consumo material, sino que además promueven la autoestima por el expediente del acceso a marcas y productos, esos mismos jóvenes caminan por la ciudad con los bolsillos vacíos o casi vacíos, y las narices pegadas a los escaparates.

El deseo se reabsorbe en la frustración una y otra vez. La publicidad financia los medios de comunicación y cobra, como peaje, una parcela importante de la subjetividad del usuario que debe alimentarse con el ansia de los nuevos íconos del consumo. Los jóvenes no sólo acceden con mayor intensidad al consumo simbólico, sino a la persuasión publicitaria que financia la oferta de ese consumo. La brecha se refuerza a medida que se incrementa la cultura del consumo sin que encuentre un correlato en ingresos para mantenerla bien nutrida. No es de extrañar, en este contexto, que quienes más padecen esta brecha vivan con mayores dudas el orden normativo, sin mucha claridad sobre dónde está la verdadera justicia. Y a medida que se debilita dicho orden normativo, aparece con más naturalidad el expediente informal o ilegal para captar ingresos que nivelen el consumo simbólico con el consumo material. De allí a la violencia, el trecho es corto.

## II. Brecha de inclusión social: la perspectiva intra-generacional

Las desigualdades intergeneracionales dejan a la juventud cierto sinsabor a injusticia y a falta de oportunidades. Este sinsabor no es homogéneo para el conjunto de la población juvenil. Si las sociedades latinoamericanas están marcadas con la herida profunda de la desigualdad, ella sangra para todas las edades. Entre los propios jóvenes, las brechas en acceso a activos claves (educación adecuada, empleo de calidad, incorporación a la sociedad de la información) está segmentada por nivel de ingresos de los hogares, corte rural-urbano, pertenencia étnico-racial y género. Estas brechas sugieren que en el recambio generacional persisten los contrastes en oportunidades de desarrollo e inclusión social, y por tanto parecen condenados a reproducirse en el tiempo.

### 1. Brechas en educación

La educación constituye el principal mecanismo para acumular capital humano y tener buenas oportunidades de acceso al empleo en las trayectorias de vida. A la vez es el expediente para contar con tasas de retorno a lo largo de la carrera laboral, que impliquen ingresos y consiguiente acceso a bienestar. Y cada vez más, capital cultural y capital humano son los activos para participar de los códigos culturales que hacen de fuelle entre tradición y cambio, ejercer ciudadanía activa y comunicarse en

la sociedad de la información. Poca o mala educación es, por tanto, aguafiestas de la inclusión social.

Más aún, a medida que las nuevas generaciones adquieren mayores logros educacionales, y aumentan los años promedio de educación de la nueva fuerza de trabajo, se produce la *devaluación educativa*, a saber: la misma cantidad de años de escolaridad representa cada vez menos en términos de ingresos esperados por retorno a la educación en el empleo. A modo de ejemplo, entre 1990 y 2002, los jóvenes de veinticinco a veintinueve años de edad vieron devaluar un 11,1% los ingresos correspondientes a 10-12 años de educación formal, y sus ingresos promedios para esos logros en educación bajaron de 4,0 a 3,6 múltiplos de línea de pobreza<sup>8</sup>. Esto significa, en términos burdos y gruesos, que un joven de esa edad, con secundaria incompleta, sostén único de una familia con dos hijos y una cónyuge, tiene a su hogar bajo el umbral de la pobreza (porque son cuatro miembros de la familia y un ingreso de 3,6 múltiplos de línea de pobreza).

La estimación tiene sentido en la medida que sugiere, básicamente, que la conclusión de la educación secundaria es un umbral de inclusión social por vía educativa, tanto en adquisición de conocimientos, como en el desarrollo de capacidades y certificación de las mismas frente al mercado laboral. Vale decir, que equipa a los jóvenes para que en sus futuras trayectorias laborales tengan altas

posibilidades de salir de la pobreza o no caer en ella. De ahí el interés que presenta el gráfico siguiente (ver también Casassus, 2003). Muestra las brechas en conclusión de secundaria y de terciaria en América Latina, hacia el año 2005, contrastando hombres y mujeres, jóvenes rurales y urbanos, del primer y del quinto quintil de ingresos familiares, indígenas y no indígenas, y de padres con universitaria completa vs. primaria incompleta<sup>9</sup>. Los datos son elocuentes y revelan la enorme brecha en logros educativos. A excepción de la variable de género, en que hoy las mujeres ya tienen, en promedio, más logros educativos que los hombres entre jóvenes, el resto habla por sí solo: un 20,4% en el primer quintil y un 78,6% en el quinto quintil completaron secundaria, índices que son del 23,0% para jóvenes rurales y del 56,4% para jóvenes urbanos, del 35,1% para jóvenes indígenas y el 50,4% para no indígenas, y del 31,7% para hijos de padres con primaria incompleta y el 91,4% para hijos de padres con universitaria completa. Y en conclusión de educación universitaria, si bien son niveles bajos en todos los grupos (salvo hijos de padres con universitaria completa y en menor medida, en hogares del quinto quintil), las brechas son proporcionalmente aún mayores. Con estos contrastes, es difícil pensar que la educación hace de palanca de movilidad social, de igualación de oportunidades y de compensación a las desigualdades de origen. La reproducción intergeneracional de las bre-



chas es lo primero en que se tiende a pensar ante estas evidencias.

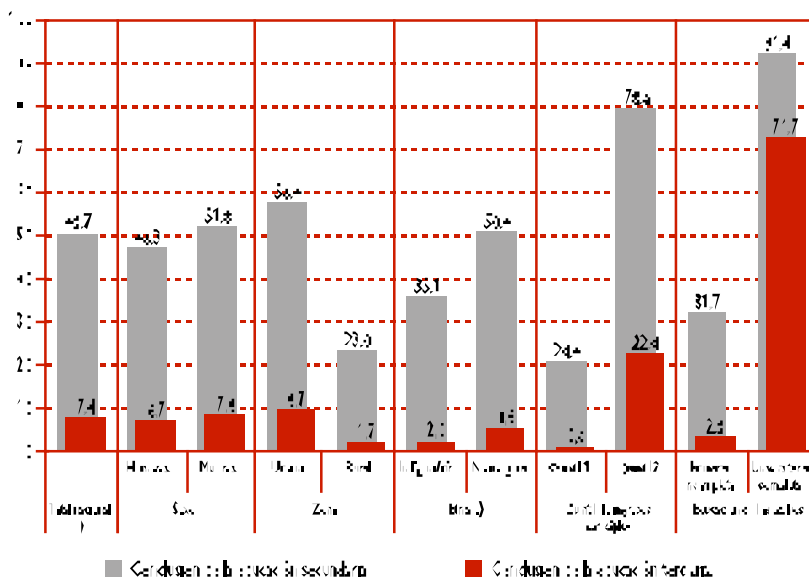
## 2. Brechas en empleo<sup>10</sup>

Si el empleo constituye el otro mecanismo fuerte de inclusión social, también aquí hay brechas fuertes entre jóvenes de distintos grupos en América Latina. Estas brechas se observan en niveles de ingreso, tasas de desempleo, trabajos de baja productividad y en jóvenes que no estudian ni trabajan.

El desempleo es mucho mayor entre jóvenes de familias de menores ingresos y entre jóvenes mujeres (que además perciben menores ingresos). El gráfico 5 nos muestra que si bien en todos los quintiles de ingreso del hogar el desempleo en la juventud bajó entre el año 2002 y el año 2005 (sobre todo por efecto de la recuperación del crecimiento económico en los países durante esos años), sigue siendo muy estratificado. Mientras en jóvenes del primer quintil de ingresos de

Gráfico 4

América Latina (17 países): conclusión del ciclo secundario entre jóvenes de 20-24 años, y del terciario entre jóvenes de 25-29 años según sexo, área geográfica, pertenencia étnica, quintil de ingresos y educación de los padres, alrededor de 2005 (%).



Fuente: CEPAL 2007b.

a) Zonas urbanas de Argentina y Uruguay.

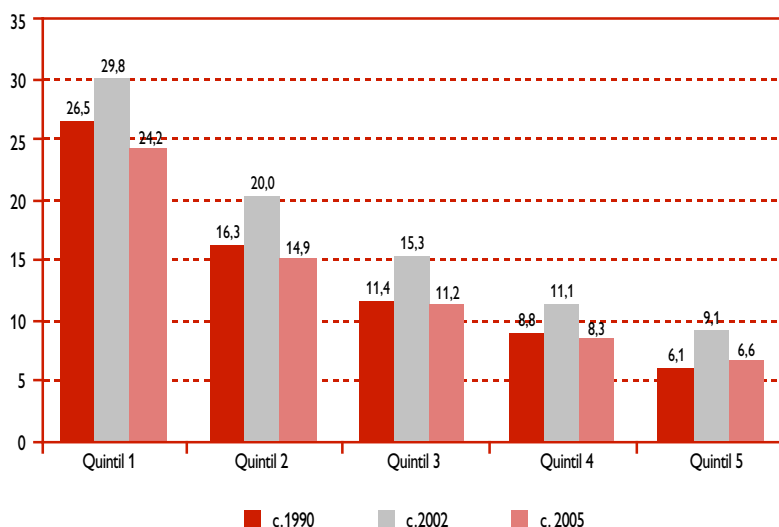
b) Incluye sólo siete países.

hogares la tasa de desempleo promedio era del 24,2% en 2005, la misma baja sistemáticamente a medida que sube el quintil de ingresos de los hogares, hasta llegar al 6,6% en el quinto quintil. La brecha de género también era importante para el año 2005: el 15,8% de las mujeres de quince a veintinueve años desempleadas, y el 10,2% de los hombres. Esto responde a un patrón de discriminación pero también, en gran medida, a que la tasa de participación en el mercado de trabajo aumenta hoy a ritmos mayores entre jóvenes mujeres que entre jóvenes hombres: entre éstos, en este tramo de edad bajó del 74,7% al 70,7%, entre 1990 y 2005, y subió del 39,7% al 45,4% entre mujeres en el mismo lapso.

En cuanto a la proporción de jóvenes ocupados que están insertos en el sector de baja productividad (lo que implica ingresos bajos y muchas veces inciertos, precariedad contractual y mayor discontinuidad en el trabajo), en promedio simple de doce países latinoamericanos, la incidencia bajó del 49,8% en 2000 al 44,3% en 2005. Pero mientras en el primer quintil bajó del 68,1% al 65,3%, en el quinto quintil lo hizo del 34,8% al 27,4%, y en el cuarto quintil del 42,1% al 35,8%. Vale decir, no sólo es mucho menor el porcentaje entre ocupados de baja productividad del quinto y cuarto quintil, sino que ha descendido de manera más drástica en los últimos años en relación a los primeros quintiles (ver cuadro 3). Complementariamente, esta propor-

Gráfico 5

América Latina (17 países): tasa de desempleo entre los jóvenes de 15-29 años de edad según quintiles de ingreso per cápita del hogar, total nacional (promedios simples)



Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países.

ción para el año 2005 era del 76,8% en jóvenes con la menor educación (cero a tres años), y bajaba al 18% en jóvenes con trece y más años de educación. De manera que hay un círculo vicioso que vincula bajos ingresos de los hogares, bajo nivel de educación promedio en los jóvenes de esos hogares, y alta incidencia en empleos de baja productividad. Esto es importante porque muestra de qué manera las formas de exclusión se refuerzan entre sí entre los jóvenes. Y porque el empleo de baja productividad es un síntoma importante de exclusión social: precariedad en el trabajo, ausencia de seguridad social, y poco acceso a derechos y negociaciones sobre condiciones laborales.

### Cuadro 3

América Latina (12 países, promedios simples):  
La proporción de jóvenes ocupados insertos en el sector de baja productividad, según quintil de ingreso per cápita del hogar, alrededor de 1990, alrededor de 2000 y alrededor de 2005

	1990	2000	2005
<b>Total</b>	47,7	49,8	44,3
Quintil 1	65,8	68,1	65,0
Quintil 2	53,8	56,2	52,1
Quintil 3	46,8	49,6	43,1
Quintil 4	49,9	42,1	35,8
Quintil 5	38,3	34,8	27,4

Fuente: procesamiento de encuestas de hogares.

Las brechas de ingreso también son significativas en la juventud ocupada. Una primera brecha es la de género, que castiga a las muje-

res jóvenes. Para el año 2005, las mujeres de 15-19 años percibían el 82,5% de sus coetáneos masculinos, proporción que alcanzó el 83,6% en el tramo 20-24 años de edad, y 80,1% en el tramo 25-29 años<sup>11</sup>. La buena noticia es que en estos dos últimos disminuyó la brecha entre 1990 y 2005, si bien aumentó en el tramo de menor edad. Si se mide por nivel educativo, las brechas son mucho más fuertes: jóvenes de 25-29 años, por ejemplo, con el nivel menor de educación, tenían un ingreso equivalente al 54,9% del ingreso promedio de todos los jóvenes de esa edad, mientras jóvenes con trece y más años de educación alcanzaban el 158,7% de dicho promedio. Más aún, sólo la juventud con este mayor nivel de educación supera el promedio de ingresos del conjunto de jóvenes de esa edad, lo que sugiere que hay un salto muy importante en ingresos laborales cuando se llega al nivel universitario. Y como se vio antes, en ese nivel la diferencia de logros es abismal por origen socioeconómico, étnico, geográfico y de capital educativo de las familias.

Por último, un grupo particularmente problemático desde la perspectiva de la exclusión social son los jóvenes que no estudian ni trabajan. Si bien en todos los niveles socioeconómicos constituye, como promedio latinoamericano, un grupo minoritario, el peso cualitativo es muy grande por cada "punto cuantitativo", porque precisamente son jóvenes en situación de *desafiliación institucional*, dado que no están contenidos ni protegidos por el sistema de

educación ni por el empleo, los dos grandes sistemas que enmarcan a la sociedad en una rutina de esfuerzos y logros, aportes y retribuciones. Como puede verse en el cuadro 4, nuevamente los jóvenes de hogares más pobres son quienes tienen mayores niveles de desafiliación institucional. Cabe destacar que el indicador sólo incluye a los inactivos que no estudian ni se dedican a oficios del hogar, lo que excluye a muchas mujeres que no estudian ni trabajan pero sí aportan al cuidado del hogar, y también excluye a muchos jóvenes que trabajan en el hogar. Por lo tanto, es probable que el índice mostrado sea más bajo que el que corresponde solamente a quienes no están ni en la escuela ni en empleos fuera del hogar.

**Cuadro 4**

América Latina (13 países, promedios simples):  
proporción de inactivos que no estudian ni se dedican  
a oficios del hogar, según quintil de ingreso per cápita del  
hogar; alrededor de 1990, alrededor de 2000  
y alrededor de 2005

	1990	2000	2005
<b>Total</b>	4,0	3,9	4,1
Quintil 1	6,5	6,0	6,4
Quintil 2	4,5	4,2	4,6
Quintil 3	3,5	3,6	3,7
Quintil 4	2,9	2,8	2,9
Quintil 5	2,4	2,4	2,2

Fuente: procesamiento de encuestas de hogares.

### 3. Brechas en conectividad

Si bien es claro que la conectividad es mucho mayor entre jóvenes que entre adultos, y que

el ritmo de expansión es particularmente fuerte en América Latina y sobre todo en la juventud, hay brechas importantes entre jóvenes. Existe, sin embargo, cierta expectativa de que esta brecha pueda cerrarse con mayor celeridad que las anteriores, haciendo un salto de rana (*"leapfrogging"*), dado el efecto positivo de la conectividad sobre la inclusión social. Esto en varios sentidos: porque la conectividad es un pasaporte de inclusión en la sociedad de la información, porque el acceso muestra un abaratamiento progresivo y la posibilidad de universalizarlo por vía del sistema educacional o de telecentros, y porque estar conectados facilita participar de redes de relaciones ampliadas que pueden dar frutos en otros ámbitos de la inclusión (como el empleo, el poder de decisión y el acceso a conocimientos).

Lamentablemente no es fácil obtener información procesada para el conjunto de la región que mida brechas intra-jóvenes en conectividad. Hay datos para algunos países que son sugerentes. A modo de ejemplo, para el caso de Chile, en la población de veinticinco a veintinueve años, en el primer quintil sólo el 13,6% eran usuarios de internet en 2006, en contraste con el 75,4% en jóvenes de hogares del quinto quintil de ingresos. En Brasil este índice era para el año 2005, en jóvenes de veinte a veinticuatro años, del 5,1% vs. 79,6%, respectivamente; y en México, para el mismo grupo de edad en 2007, los índices eran del

26,7% vs. 61,4%. Con todo, también llama la atención una segmentación por subgrupo de edad, que cruza niveles socioeconómicos, y donde el grupo de quince a diecinueve años tiende a mayor nivel de conectividad que los mayores. En otras palabras, cuanto más jóvenes los jóvenes, mayor el acceso.

También hay correlación entre brecha educativa y brecha en acceso a conectividad. Para los cuatro países con datos procesados por CEPAL en la materia (Brasil, Chile, Costa Rica y México), es particularmente baja la conectividad en jóvenes con educación primaria en relación a secundaria, y de estos últimos en relación a jóvenes con postsecundaria, sea terciaria o no terciaria (universitaria o no). Probablemente estas brechas se reduzcan a medida que las nuevas generaciones se socializan con internet en las escuelas y desde la educación básica, como parte de los esfuerzos de muchos países por incorporar computadoras en red en el sistema escolar. Sin embargo, hasta ahora se ha visto que en las escuelas la conectividad supone un número muy alto de alumnos por computador, y usos fuera de la sala de clases. En este sentido también hay que hacer la diferencia entre jóvenes de “conectividad habitual” y otros de “conectividad ocasional”, pues es parte de la brecha digital la frecuencia de conexión y uso, como también la familiaridad, el lugar desde el cual se ocupa, y para qué se utiliza.

### III. Para no irse a casa cabizbajo y meditabundo

El panorama recién presentado puede parecer desolador en brechas intergeneracionales e intra-generacionales de inclusión social para la juventud latinoamericana. Ése es, sin duda, el vaso medio vacío. Pero no hay que pecar de apocalíptico. Valgan pues, estas últimas consideraciones para invertir la óptica y dejar el vaso medio lleno.

En primer lugar hay que señalar que en términos generales la juventud tiende a niveles cada vez mayores de educación y, que tarde o temprano, con mayor educación terminan accediendo a mejores empleos. El gran desafío es combinar políticas que nivelen el campo de juego en logros y aprendizajes educativos, invirtiendo recursos y buscando sinergias para que tengan educación de mayor calidad jóvenes de hogares de bajos ingresos, con padres de escaso capital educativo, en zonas rurales y/o de minorías étnicas. Por otra parte hay que complementar saltos en educación con políticas que reconstruyan los eslabones perdidos en el tránsito de la educación al trabajo, mediante programas de acceso a un primer empleo, capacitación con prácticas en el empleo, certificación de competencias entre jóvenes, entre otros. De este modo, aprovechando que las nuevas generaciones son más educadas y más compenetradas con las destrezas de la sociedad de la información, es posible un salto cua-

litativo en oportunidades de inclusión social para la juventud.

En segundo lugar, si bien la juventud maneja más información pero no se ve reflejado en su acceso y presencia en *la* política, por otro lado es precisamente su capacidad para redefinir *lo* político lo que está ocurriendo (Bauman, 2003), sobre todo el uso de información para generar espacios alternativos de procesamiento de demandas, sumatoria de fuerzas, movilización y visibilidad públicas. No sólo son los jóvenes quienes están más conectados, sino que usan la conectividad para movilizarse. Puede que no de manera continua, pero cuando lo hacen, lo hacen con fuerza. No es de extrañar que muchas iniciativas en el ámbito de la sociedad civil (y de la sociedad civil global, los foros mundiales alternativos, etc.), tienen a jóvenes por protagonistas. Tarde o temprano, posiblemente esta acumulación de fuerzas desencadenará saltos significativos que llevarán a rearticular “lo” político con “la” política, y nuevamente estará la juventud en la primera línea de la agenda y el protagonismo.

En tercer lugar, si bien la brecha entre consumo simbólico y consumo material recalienta las expectativas, por otro lado el consumo simbólico, a la larga, implica desarrollo de capacidades que pueden influir positivamente en la generación de ingresos y el consumo material. Caso evidente es el de la educación. Otro caso es el desarrollo de destrezas que la sociedad de la información terminará convir-

tiendo en pasaportes al empleo (como el aprender usando, la atención diversificada, la maleabilidad y plasticidad en el procesamiento de información). Por último está el uso de internet para informarse sobre puestos de trabajo y acceder a redes de relaciones que facilitan la empleabilidad. A modo de ejemplo, y de acuerdo a la Encuesta PISA del año 2006, en Chile el 29% de jóvenes de veinticinco a veintinueve años reconocieron que internet fue su principal fuente de obtención de empleo. Este índice cae a menos del 14% en la población de treinta a treinta y cuatro, y más o menos al 7% en la población ocupada de cuarenta a cuarenta y cuatro años.

Por otra parte, el desempleo juvenil tiende a bajar en lo que va de esta década, de la mano del crecimiento económico. Su descenso beneficia, en diversa medida, a jóvenes de distintos niveles de ingreso. Además, el patrón de crecimiento en esta década está más vinculado a la expansión del empleo productivo que en la década pasada en América Latina. Paralelamente, la expansión de la conectividad empieza ahora a beneficiar a nuevas generaciones en todos los niveles sociales (si bien no homogéneamente), al extenderse el acceso a través del sistema escolar desde la primaria, nivel en que la mayoría de niños y adolescentes (y cada vez más) están escolarizados. Por otro lado, la combinación de menor desempleo y mayor continuidad educativa, en la medida que se mantenga la tendencia, tiende a reducir la des-

afiliación institucional, vale decir, el porcentaje de jóvenes que no estudia ni trabaja.

Y, por último, la propia juventud está redefiniendo lo que se entiende por inclusión social (García Canclini, 2005). Para muchos jóvenes ésta no radica exclusivamente en el empleo y la educación formal, sino cada vez más en participar de la comunicación a distancia, poder integrarse a nuevos espacios físicos por medio de la migración, gestionar recursos y servicios de manera colectiva a través del uso estratégico de información, participar en redes donde la expresividad y la estética constituyen los campos de reconocimiento recíproco, hacer parte de movimientos sociales y asociaciones de pares generacionales para los más diversos fines. Menos estable y más diversificada, la inclusión recrea entre jóvenes sus alfabetos. Abre el futuro, y lo puebla de incertidumbre.

## Referencias bibliográficas

- BAUMAN, Zygmunt (2003). *Modernidad líquida*. (Trad. de Mirta Rosenberg y Jaime Arrambide Squirru). México. Fondo de Cultura Económica.
- CASSASUS, Juan (2003). *La (des)igualdad educativa*. Santiago. LOM.
- CEPAL-OIJ (2004). *La juventud en Iberoamérica, tendencias y urgencias*. Santiago.
- CEPAL (2005). *Panorama Social de América Latina 2004*. Santiago.
- CEPAL (2006). *La protección social de cara al futuro: acceso, financiamiento y solidaridad*. Santiago.
- CEPAL (2007). *Cohesión social: inclusión y sentido de pertenencia en América Latina*. Santiago.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (2005). "La modernidad en duda". En *Jóvenes Mexicanos. Encuesta Nacional de Juventud 2005* (2007). México. Instituto Mexicano de la Juventud.
- HOPENHAYN, Martín (2005). *América Latina desigual y descentrada*. Buenos Aires. Editorial Norma.
- HOPENHAYN, Martín (2000). "Nuevas formas de ser ciudadano: ¿la diferencia hace la diferencia?". Caracas. *Revista RELEA* n° 11 (mayo-agosto 2000), pp. 109-122.
- PNUD (2004). *Informe sobre el desarrollo de la democracia en América Latina*.
- SEN, Amartya (1999). *Development as Freedom*. Nueva York. Knopf.



## Notas

- <sup>1</sup> Ver en esta misma publicación el artículo de Néstor García Canclini.
- <sup>2</sup> No significa esto que la juventud sea una fase de moratoria donde la creatividad, la productividad y el protagonismo quedan entre paréntesis mientras se privilegia la acumulación de activos. Esta visión lineal y mecanicista hace poca justicia con la incesante recreación de realidades y representaciones que caracteriza cada vez más a los jóvenes.
- <sup>3</sup> Ver en esta misma publicación el trabajo de Guillermo Sunkel.
- <sup>4</sup> Tomo aquí ese rango etario porque siendo todavía jóvenes, suponemos que quienes no completaron secundaria a esa edad es porque ya no están, ni estarán, escolarizados en el sistema.
- <sup>5</sup> Ver en esta publicación el artículo de Cristancho, Ortega y Guerra.
- <sup>6</sup> Como puede verse en el artículo de Guillermo Sunkel, en esta misma publicación, el porcentaje de jóvenes que participan de partidos políticos es menor que el de los adultos.
- <sup>7</sup> Medidas según el sistema de línea de pobreza, en base al costo de la canasta familiar y el tamaño de las familias.
- <sup>8</sup> Promedio simple para América Latina, procesamiento por CEPAL de las encuestas de hogares.
- <sup>9</sup> Tomamos la población de 25-29 años entre el total de jóvenes, porque se presume que ya están fuera del sistema educativo y por tanto la medición evalúa niveles educativos definitivos.
- <sup>10</sup> El grueso de datos en esta sección se basan en un reciente procesamiento de datos de la División de Desarrollo Económico de la CEPAL.
- <sup>11</sup> Promedio simple para catorce países de América Latina, según información de las encuestas de hogares.

